

Navidad

Se acercan los días de la Santa Navidad. La Navidad es Jesucristo, el Hijo eterno de Dios, que se hace hombre, se hace uno de los nuestros, naciendo de la Virgen María.

El Hijo que nace es Dios verdadero, como su Padre Dios con el Espíritu Santo Dios. Tres personas y un solo Dios. Cuando el hombre reconoce la presencia de Dios, cae postrado de rodillas. El Niño que nace nos es dado para la adoración, porque es Dios. Venite adoremus.

Y se ha hecho hombre de verdad. No es un fantasma o una apariencia de hombre, o como si fuera hombre, pero no lo es del todo. El Niño que nace, nace completo, hombre verdadero. Semejante en todo a nosotros excepto en el pecado. ¡Qué asombroso misterio! San Francisco de Asís y muchos santos han quedado extasiados al contemplar este misterio tan grande y tan cercano. Porque este niño viene a salvarnos, viene a darnos parte en su herencia del cielo, viene a hacernos hijos de Dios.

La madre que lo trae a este mundo es María. Ella lo ha concebido por obra del Espíritu Santo, es decir, virginalmente, sin unión sexual con ningún varón. Se ha producido en su seno un gran milagro de Dios. Ella lo ha dado a luz sin romper su virginidad, como el rayo de sol que atraviesa el cristal sin romperlo ni mancharlo. Ella ha permanecido virgen para siempre, no ha tenido más hijos ni ha tenido nunca relación sexual con José su esposo ni con ningún otro varón. Esta madre es virgen. ¡Qué belleza de mujer! En ella convive la frescura virginal con la ternura maternal.

Este Hijo viene al mundo, se hace hombre, para hacer a los hombres hijos de Dios. El nos da de lo suyo, nosotros le damos de lo nuestro. ¡Oh, qué admirable intercambio! Por eso, en Navidad nos sentimos más hermanos de todos los hombres, porque nuestro Hermano mayor, Jesucristo, nos reúne en una misma familia, haciéndonos hijos de Dios Padre.

Todas estas verdades llenan de gozo el corazón del hombre. En Navidad hemos de ir a lo esencial, y dejarnos de tantas cosas que nos distraen del misterio que celebramos. Es bonito que nuestras ciudades se llenen de luz, porque es Navidad, pero es más bonito aún que el corazón de cada hombre quede deslumbrado por Jesucristo, la luz del mundo. Son días para acercarse a la Luz, para que se disipen las sombras del pecado, en las que tantas veces nos vemos envueltos. Son días para hacer una buena confesión, recibir el perdón y preparar nuestro corazón para acoger al que viene a salvarnos.

Es bonito que en estos días nos reunamos con nuestra familia y con los amigos, pero que lo hagamos para comunicarnos el gozo de haber acogido a Jesucristo en nuestro corazón. Qué sentido tiene que nos reunamos todos, si Jesucristo no está en medio de nosotros. No nos pasemos en los gastos, en las comidas, en la bebida. Es una contradicción que queramos honrar el nacimiento del Señor ofendiéndole con nuestros pecados: comilonas, borracheras, lujuria o desenfreno, envidias y rivalidades (cf Rm 13,13).

Navidad es fiesta de adoración al Señor en el silencio de la oración, es fiesta de fraternidad y encuentro gozoso con los demás, es fiesta para despojarse de tantas cosas y compartirlas con quienes no tienen nada. Vivamos así la Navidad y nos sentiremos contentos ahora y después de celebrarla.

A todos os deseo una feliz y santa Navidad, con mi afecto y bendición:

+Monseñor Demetrio Fernández